

SAN ROMERO MIGRANTE

Hernán Astudillo

Un 15 de agosto, día en que se celebra la fiesta de la Asunción de María en las polvorientas calles de aquel pequeño pueblo llamado Ciudad Barrios, en el departamento de San Miguel, El Salvador, se escucharon los primeros gritos del incansable Santo de América.

Oscar Arnulfo Romero nace en el corazón de una familia humilde, espiritual, emprendedora e inspirada en los valores humanos sostenidos en un enorme manantial de Fe; su vocación sacerdotal creció paso a paso entre estudios, enfermedades, trabajo, pobreza y providencia. Una vez concluidos sus estudios teológicos y su ordenación sacerdotal el 4 de abril de 1942 en Roma, regresó a su tierra natal recorriendo una larga ruta desde Roma hacia Cuba, México y finalmente El Salvador, saboreando el cáliz filtrado en experiencias inagotables de migrante y el de no haber tenido la oportunidad de estar con su familia durante su ordenación sacerdotal, debido a las turbulentas condiciones de la Segunda Guerra Mundial.

Un místico ocaso decorado de ríos y montañas en aquel pequeño “Pulgarcito de América” lo esperaba en emocionante algarabía, su primera parroquia fue Anamoros... Luego, por sus habilidades administrativas, fue trasladado a la diócesis de San Miguel, donde compartió por más de 20 años las sandalias pastorales junto a las personas más vulnerables. Romero tenía un corazón sensible, memoria inconfundible, manos generosas, voz impecable, sabios oídos y una capacidad insuperable en sus íntimos momentos de discernimiento. Contextualizaba en su esencia vocacional la capacidad de interpretar la presencia viva del Cristo histórico en su crucificado pueblo salvadoreño por aquella monstruosa guerra civil, criticaba positivamente aquellas viejas y caducas doctrinas sociales de una iglesia alejada del pueblo y al mismo tiempo escuchaba la voz de los sin voz en miles de inocentes perseguidos y torturados.

Romero se convirtió en el cuarto arzobispo de la capital salvadoreña, San Salvador, donde transfiguró el evangelio del Cristo histórico en las huellas comprometidas de su consejero espiritual, Padre Rutilio Grande, quien fue asesinado el 12 de marzo de 1977. El martirio del Padre



Fotografía. Adrián Pineda (México)



Rutilio fue como un puñal en su corazón. En un período de tres años de arzobispo alrededor de seis sacerdotes de su grey fueron asesinados, junto al permanente martirio de un pueblo sumergido en llanto, muerte, persecución, abandono y esperanza. Romero, condenado y rechazado por sus propios compañeros acomodados en los poderes de una curia e institución corrupta, se hizo tortilla-pan y fue asesinado en medio de la incertidumbre invadida de odio, difamación, mentira y finalmente resurrección en aquel pequeño hospital de las monjitas de la Providencia un lunes 24 de marzo de 1980, cuando celebraba su tradicional misa para los enfermos de cáncer.

El exilio y diáspora de millones de salvadoreños fue la obra misionera más genuina en nuestros tiempos anunciando la voz profética de San Romero de América, como la experiencia de los primeros cristianos difamados y perseguidos por ser fieles a su Nazareno crucificado. La nefasta cruz impuesta por el Fondo Monetario Internacional, militarismo, negocio de armas, paramilitarismo, inspirados en modelos económicos capitalistas y neoliberales, produjeron una masiva diáspora en todos los rincones del continente Latinoamericano y el planeta.

En Canadá, San Romero se integra en la transparente lucha de aquellas y aquellos “sipotes-as” salvadoreños migrantes que mantienen y comparten experiencias vibrantes en la esperanza de un pueblo profeta. Y en una de las tantas esquinas en la ciudad de Toronto, en la pequeña parroquia llamada San Lorenzo de la Diócesis de la iglesia Anglicana, condenada a desaparecer hace 20 años, arribó San Romero en el coraje, lamento, entusiasmo, sufrimiento y solidaridad de cientos de salvadoreños que se integraron en viva acción humanitaria con las víctimas de los terremotos del 13 de enero y febrero del 2001.

Sus milagros manifestados en la fe de miles de mujeres y hombres de buena voluntad son infinitos, uno de los más prominentes se llama “Caravana de la Esperanza Global Aid” que ha cruzado por un período de 16 años la patria de Martin Luther King en cinco días, la de Emiliano Zapata en

cinco días, la de Rigoberta Menchú en dos días, manejando buses escolares y ambulancias llenas de equipos médicos y útiles escolares, entusiasmados a compartir con las y los vulnerables del “Pulgarcito de América”.

Hoy San Romero vibra en los caudales espirituales de la parroquia San Lorenzo y la comunidad Torontiana, en las generosas manos de humildes y emprendedores artistas como Adrián Barrera, en músicos, danzarines, activistas, en las místicas manos de guerreras salvadoreñas y

latinoamericanas que han transformado nuestra comunidad hispana con caudales solidarios, como Caya Fuentes, en la ternura infatigable de valientes “mamitas en la parroquia San Lorenzo”, quienes inspiran, comparten y construyen una teología práctica desde sus propias experiencias comunitarias. San Romero ha convocado a prestigiosos músicos de renombre, como Los Guaraguao, Luis Enrique Mejía Godoy, Hermanos Nuñez y muchos más, que inspiran a continuar nuestros jornales en las rutas fértiles de nuevas emancipaciones en las sandalias ineludables de una teología liberadora.

San Romero se mantiene vivo en los testimonios visibles de profetas enraizados en las actividades pastorales de la parroquia San Lorenzo, quienes dieron sus vidas en las huellas frágiles de una migración incomprensible. Profetas como Mama Antonia Abrego, una sencilla e incansable madre guerrera que perdió a su hija catequista asesinada por la guardia durante la guerra civil en El Salvador. En Mamá Inés García, una combativa madre soltera; David Fuentes, el fotógrafo infallible; Lolita Rivera, fuente de ternura; Arcadio Rodríguez, el músico de voz rebelde; Arturo Gutiérrez, el periodista del pueblo y así podríamos enumerar una interminable florida lista de frutos integrada en el árbol de una diáspora migrante, sembrada en el corazón de un pueblo valiente que dio a luz al profeta y mártir, San Romero de América. ☒

Hernán Astudillo. Sacerdote ecuatoriano en la diócesis Anglicana de Toronto, Canadá. Activo en labores humanitarias con la comunidad migrante de Toronto, monseñor Astudillo es el fundador de la primera estación de radio etno comunitaria en español de Canadá, CHHA 1610 AM, del Centro Comunitario Latino Americano San Lorenzo y de la fundación Caravan of Hope Global Aid. Por un período de 16 años ha cruzado los Estados Unidos de Norteamérica en cinco días, México en cinco días, Guatemala en dos días, hasta llegar a El Salvador manejando una caravana de buses escolares y ambulancias llenas de asistencia médica para compartir con sectores vulnerables en El Salvador y otros países de América Latina. Su sueño es inspirar a que la solidaridad se constituya en una materia esencial en los sistemas académicos de las escuelas, colegios, institutos y universidades, con la finalidad de reconstruir, recuperar y construir patrias y continentes altivos y soberanos.